

La historia de dos matrimonios rotos por una infidelidad y el amor que nació entre las dos personas engañadas

16/11/2025



Es necesario amar, aún después de haber amado. Porque a veces, lo que parece ser un caos, es la vida ordenándose. **Solo es preciso creer.** Simplemente.

Era 1990 y en Villa Urquiza las calles todavía tenían ese aire de barrio donde todos se conocían. Las veredas anchas, los portones de hierro, los árboles que daban sombra en verano y **las tardes que se estiraban con olor a jazmín.**

Alicia tenía 43 años y vivía con su marido Héctor, un oftalmólogo de 45, en una casa antigua sobre Avenida Triunvirato, cerca de Roosevelt. Él atendía en su consultorio

ubicado en la planta baja de la vivienda familiar. Era un hombre correcto, reservado, con una vida que transcurría entre pacientes, la “parentela” y los domingos de asado. Tenían dos hijos adolescentes, Julián y Carolina. Conformaban la típica familia de clase media de los 90: **vacaciones en la costa, fines de semanas en el club barrial y el Renault 12 estacionado frente a casa.** “Evidentemente, estábamos en el mismo planeta pero cada quien en su mundo”, destapa Alicia, hoy, con el trago superado.

Todo parecía seguir su curso normal **hasta que un día llegó al consultorio una nueva paciente:** Celia, una mujer de 42 años, de mirada “tristona” pero con esa elegancia innata que no necesita esfuerzo. Venía derivada por una amiga. Al principio las conversaciones eran breves, amables, formales. Pero con el tiempo, entre controles y charlas, **se fue tejiendo algo más:** una conexión que ninguno de los dos buscó, pero que se les metió en la piel sin permiso. De repente, Alicia comenzó a notar un cambio sutil en su marido: **“Hablaban claro pero actuaba borroso”.**

Celia estaba “aburridamente” casada con Mauricio de 44 años, dueño de una pequeña ferretería sobre Donado y Congreso, con quien tenían tres hijos. Lo suyo con Héctor comenzó como un gesto de ternura en medio de la rutina, una forma de sentirse vivos otra vez. Pero lo que empezó en cámara lenta, terminó arrasando todo: **dos matrimonios destruidos, dos familias partidas.**



Cuando Alicia descubrió la infidelidad de su marido, el mundo se le vino abajo: “Pensé que me moría”. (Foto: imagen generada con IA)

Cuando Alicia descubrió la infidelidad de su marido, el mundo se le vino abajo. **“Pensé que me moría”**, dice negando con la cabeza, y agrega: “Fue el caos total”. Se sentía traicionada pero sobre todo “por la otra”: esa mujer que había irrumpido en su foto familiar y se llevaba lo que ella creía suyo. No podía dejar de pensar en quién era, cómo era, cómo hablaba, cómo se vestía; ¿sería más joven que ella? Claro, seguro era eso: **“A Héctor le agarró el viejazo y se enganchó con la primera piba que le dio bolilla”**, pensaba Alicia cada vez más segura de sus premoniciones.

Inmersa en una obsesión que parecía un síndrome de Estocolmo deformado, Alicia pensaba noche y día en quién era “la otra” que le había robado su matrimonio; un matrimonio ya deshecho hacía varios años pero que, cuando aparece un tercero en discordia, **saca a relucir ese impulso primario por subsistir y con él, la desesperación de querer recuperar aquello que ni siquiera se desea**. ¿Será el ser humano tan bruto que para valorar a alguien tiene que perderlo primero?

Aunque Héctor se había ido de la casa, seguía atendiendo en el consultorio de la planta baja —el mismo donde había conocido a “esa mujer”—. A Alicia le resultaba insoportable saber que él entraba y salía todos los días por la misma puerta, pero al mismo tiempo **ese consultorio se volvió su única ventana a la verdad**. Entre papeles que quedaban sobre el escritorio, recetas apoyadas en la mesada y sobres de estudios que los pacientes olvidaban, comenzó a encontrar rastros mínimos, hilos sueltos que **no sabía cómo unir pero que igual guardaba en silencio, como si estuviera armando un rompecabezas ajeno**.

Así, durante semanas, Alicia buscó pistas. Órdenes médicas, una dirección en un recibo del consultorio, una frase escuchada a medias, todo servía. **“No sé por qué pero sólo necesitaba saber quién era la otra”**, repite con algo de pudor. Hasta que un día descubrió el nombre del marido de esa mujer: Mauricio Suárez.

La curiosidad fue extrema. Y en una época sin redes sociales ni buscadores, Alicia recurrió a lo que podría haber sido el Facebook del siglo pasado: **la guía telefónica**. “Me acuerdo patente —dice—, me senté en la mesa del comedor y empecé a buscar los Suárez de Villa Urquiza uno por uno, hasta que di con él: Suárez Mauricio, Mendoza al 4800”. Arrancó la página amarillenta, con una mezcla de triunfo y odio, y la guardó como un trofeo en su cartera. “Sentí miedo y adrenalina; estaba odiada y actuaba por impulso”, relata con los ojos bien abiertos. No sabía qué haría con esa información, pero necesitaba verlo, **ponerle cara a la historia que le había arruinado la vida**.

“No me quedó otra”, dice con picardía, y empezó a espiarlo. “Siempre fui medio detective”, se ríe. Primero quiso verlo “sólo para entender”. Pasó por la dirección indicada y para su sorpresa se encontró con una ferretería. “Mejor”, pensó, así le sería más fácil ingresar y enfrentarlo cara a cara. Fingiendo que necesitaba un sellador de silicona para el baño, entró. Y ahí lo vio por primera vez: el cartelito de la camisa

decía “M. Suárez”. **Sintió un vuelco en el pecho: era él.**



El vínculo creció en calma, como crecen las cosas verdaderas: sin plan, sin promesas, sin estrategia. Y un día, sin que hiciera falta tocarse, Alicia comprendió que se había enamorado. (Foto: imagen generada con IA)

“Salí corriendo, no sé bien qué me pasó, lo tenía ahí al que tantas noches había dormido con la que se llevó a mi marido y me asusté”, cuenta. Lo observaba desde la vereda, lo veía atender, hablar con los vecinos. **Había en él una calma que la desarmaba, una manera de mirar diferente.**

Al principio fue una obsesión. Pero con el tiempo, sin darse cuenta, Alicia empezó a sentir otra cosa. “Verlo me hacía bien, **como si me encontrara con mi propio yo herido y necesitara abrazarlo**”, relata por primera vez conmovida.

Alicia volvió a la ferretería dos semanas después. Llevaba una lista improvisada de cosas que no necesitaba: un destornillador, una cinta aisladora, clavos. Lo hizo como quien va hacia un lugar donde no la esperan, pero donde algo la llama. “Calculo que también tener un nuevo objetivo para quitarle el foco al abandono de mi marido, **fue lo que hizo inconscientemente mi instinto de supervivencia**”, se sincera

sin remordimientos, hablando de sí misma en tercera persona. Cuando llegó, Mauricio estaba detrás del mostrador, con su guardapolvo gris y las manos marcadas por el trabajo. La saludó con una amabilidad simple, **sin sospechar quién era esa mujer que lo miraba con tanta “hambre”**.

—¿Algo más? —le preguntó él cuando ya tenía todo embolsado.

—No... creo que nada más —dijo ella, pero se quedó quieta, sin reacción.

Salió con el corazón acelerado. No sabía si era bronca, tristeza o un cóctel de todo. Pero hubo algo en la mirada de Mauricio que la desarmó. No era sólo el dolor —que lo tenía, se le notaba en la voz—, sino una nobleza que no esperaba encontrar. “¿Cómo está tan sereno después de lo que nos hicieron?”, se preguntaba. Y, sin querer, **empezó a sentir admiración**, esa bella aunque peligrosa sensación, tan típica del enamoramiento, de poner al cuasi desconocido en un pedestal.

Los días siguientes, Alicia empezó a inventar motivos para volver. Una canilla que goteaba, una lámpara que no encendía, una cerradura que no ajustaba bien. Cada excusa era un paso más hacia algo que no sabía nombrar. Y Mauricio, poco a poco, **empezó a reconocerla**.

—Vos sos de por acá, ¿no? —le dijo un día, con una sonrisa tímida.

—Sí, de Villa Urquiza —respondió ella.

—Ah... lindo barrio. Yo vivía cerca, antes.

Ese “antes” quedó suspendido en el aire, como una puerta abierta que ninguno se animaba a cruzar.

Con el tiempo, la charla se fue alargando. A veces hablaban de los hijos, otras del clima o de los precios que no paraban de subir. Alicia escuchaba fascinada: indirectamente **le estaba**

pasando información confidencial de lo que podría estar haciendo ahora su ex, con la ex de él. Pero, a pesar del chisme que se podía oler a primeras, había algo más profundo, invisible, que se iba tejiendo entre ellos: una empatía silenciosa, un reconocimiento. **Un espejo empático donde repararse.**



Un día, sin que nadie lo programara, coincidieron todos en un mismo encuentro familiar. (Foto: imagen generada con IA)

Una tarde de otoño, mientras él la ayudaba a elegir una herramienta, Mauricio se detuvo y le dijo casi sin pensarlo:

—A veces uno no elige lo que pierde.

Alicia lo miró sin entender del todo, pero con el alma tocada.

—A todos nos duele alguien —respondió—, pero siempre se puede elegir qué hacer después.

Y en ese instante, se reconocieron. Dos personas heridas, diferentes pero iguales en su desgarró.

Desde entonces, **Alicia empezó a pasar por la ferretería sin excusas. Ya no fingía necesitar nada.** Entraba directamente a saludar, o le hacía señas de que iba a tomar un café en el bar

de la esquina, donde él aparecía de sorpresa.

Mauricio tenía una manera de escuchar que la hacía sentir en paz. No la juzgaba, no le preguntaba más de lo que ella quería contar. Y aunque ninguno lo decía, **sabían perfectamente quién era el otro en esa historia.**

El vínculo creció en calma, como crecen las cosas verdaderas: sin plan, sin promesas, sin estrategia. Y un día, sin que hiciera falta tocarse, Alicia comprendió que se había enamorado. No del hombre que le fue arrebatado, sino de aquel que compartía su misma herida. **Amar no es perderse en el otro, es encontrarse compartiendo el camino.**

—

Al principio, nadie reparó demasiado. Alicia seguía viviendo en la misma casa, con sus hijos, tratando de mantener una rutina que le devolviera algo de normalidad. Carolina, su hija mayor, notaba que la madre salía más seguido, pero lo atribuía a que quería distraerse después de la separación. Julián, el más chico, apenas preguntaba: el silencio era una forma de protegerla.

En el barrio, en cambio, los rumores empezaban a moverse como el viento entre las copas de los plátanos. Las vecinas del almacén, las del club, las del colegio. **Todos sabían —o creían saber— algo.**

La historia del oftalmólogo que había dejado a su mujer por una paciente, y la mujer de él que, dicen, ahora se la pasa por la ferretería, donde está el otro engañado. **Villa Urquiza era así: un mundo chico, donde la pena también se volvía tema de conversación.**



Arrancó la página amarillenta, con una mezcla de triunfo y odio, y la guardó como un trofeo en su cartera. Necesitaba verlo, ponerle cara a la historia que le había arruinado la vida. (Foto: imagen generada con IA)

Pero Alicia ya no escuchaba. Había pasado de la humillación al cansancio, y del cansancio a una calma nueva. Una tarde, Mauricio le pidió si quería acompañarlo a llevar unas cosas al depósito. **Ella aceptó sin pensarlo.** En el auto, mientras sonaba una radio con baladas de los 80, **hablaron de todo lo que habían perdido.**

—¿Vos todavía pensás en ellos? —le preguntó Alicia, mirando por la ventanilla.

Mauricio tardó en contestar.

—A veces. Pero cada vez menos. Creo que me dolió más el modo, no la pérdida.

—Sí —dijo ella—. A mí también.

Esa fue la primera vez que se miraron de verdad. No como dos desconocidos que comparten una herida, sino como **un hombre y una mujer que empezaban a elegir estar ahí.**

Con el correr de los meses, los encuentros se volvieron costumbre. Tomaban café en un barcito sobre Mariano Acha, caminaban por la Plaza Zapiola, se reían de las torpezas del pasado. No hablaban de amor, pero **todo en ellos lo insinuaba.**

Carolina fue la primera en sospechar.

—Mamá, ¿quién es ese señor con el que te vio la tía en el café? —le preguntó una noche, sin reproche, con curiosidad.

Alicia se quedó en silencio.

—Un amigo —dijo al fin—. Alguien que también pasó por lo mismo.

Mauricio también enfrentaba sus propios comentarios. Sus hijos lo querían ver de nuevo con su madre, pero él ya no podía imaginar ese regreso. **Había encontrado en Alicia algo que no esperaba: ternura, comprensión, silencio. Una paz distinta.**

Una noche fría de invierno, mientras caminaban de regreso a su casa, él le tomó la mano por primera vez. **El escalofrío fue mutuo. No dijeron nada. No hizo falta. El gesto fue simple, pero definitivo.**

Desde entonces, se animaron a vivir lo que había nacido sin propósito. Sin grandes demostraciones ni juramentos. Se encontraban cada vez que podían, compartían cenas, películas viejas, conversaciones largas. Eran dos adultos cansados del dolor, que **habían descubierto que el amor no siempre empieza en lo nuevo, sino en lo que queda después de la tormenta.** “En medio de tanta desolación, Mauricio fue una mezcla de cuento de hadas, tarde de burako y caja de bombones, pero los más ricos eh, ¡para mí la perfección misma!”, resume Alicia con una alegría contagiosa.

Y aunque el barrio siguiera hablando, ellos ya no se escondían. Porque a esa altura, lo que los unía era más fuerte que “el qué dirán”: era el consuelo hecho amor, **la**

coincidencia imposible de dos personas que se abrazaron cuando todo parecía perdido.

Pasaron los años. Las casas cambiaron, los hijos crecieron, y la historia que había comenzado con una traición se fue transformando en otra cosa. **Alicia y Mauricio fueron de a poco armando su propia vida.** Al principio con discreción, sin apuro. Él seguía con su ferretería; ella empezó a trabajar en una librería del barrio, donde descubrió un mundo nuevo, **lleno de historias que no dolían.**

Convivieron por primera vez en un departamento sobre la calle Miller, a pocas cuadras de donde se habían conocido. Lo decoraron con lo que tenían, sin grandes pretensiones: fotos de los chicos, plantas en el balcón, una radio vieja. Les alcanzaba con eso. **La convivencia llegó como una consecuencia natural, no como un desafío.** Ya habían pasado por tanto que lo cotidiano –cocinar, leer, charlar, compartir un mate– se volvió su refugio.

Mientras tanto, la vida de los otros también siguió. Héctor y Celia, los que habían iniciado el terremoto, siguieron juntos. Con el tiempo, se casaron y **formaron una familia ensamblada.** Y contra todo pronóstico, también **lograron cierta paz.**

Los hijos de ambos matrimonios crecieron entre idas y venidas, cumpleaños compartidos y reuniones en las que, al principio, **todos se miraban con recelo y curiosidad.** Pero el tiempo, siempre más sabio que las personas, fue limando las aristas.

Un día, sin que nadie lo programara, coincidieron todos en un mismo encuentro familiar. Fue por el cumpleaños de uno de los chicos. **Alicia y Mauricio llegaron juntos, tomados de la mano.** En un rincón estaban Héctor y Celia, también juntos, hablando con los nietos.

Hubo miradas, silencios, sonrisas incómodas. Pero **nadie se fue.**

Con los años, las reuniones se repitieron. Ya no había resentimiento, sí cierta nostalgia por lo que fue y una aceptación tranquila por lo que terminó siendo. **Los nietos los unieron más que cualquier otra cosa.**

Hoy, Alicia y Mauricio caminan por Villa Urquiza y se saludan con todo el mundo. Los vecinos ya no murmuran, o si lo hacen, es con cariño. Él todavía conserva la ferretería; ella se jubiló, pero sigue yendo a leer a la Plaza Echeverría. Cada tanto, se cruzan con Héctor y Celia en algún evento familiar. **Se saludan con afecto, se preguntan por los chicos, comparten una copa de vino.**

El tiempo les enseñó que hay amores que nacen de lo más inesperado: del dolor, de la pérdida, del caos. Pero que esos, **los que se encuentran cuando todo se derrumba, suelen ser los más verdaderos.**

Porque a veces el amor no llega para reparar el pasado, sino para **dar sentido a lo que sigue.**

Fuente: TN